

## APÉNDICE D.

### ONTOLOGÍA.

*Demostración de la existencia de Dios por la obra de los seis días, ó la creación de la luz, de los elementos materiales, de los cuerpos terrestres y celestes, de las plantas, de los animales y del hombre.*

Este apéndice es un resúmen sustancial de una série de artículos publicado por el R. P. Cornoldi en la *Civiltà Cattolica*, la sabia Revista de los jesuitas de Florencia, del 3 de junio de 1876 al 5 de mayo de 1877.

I. *El primer artículo preliminar tiene por título: El sistema mecánico del universo en sus relaciones con la existencia de Dios.*

Por sistema mecánico del universo el autor entiende el sistema atómico de Epicuro, resucitado por los sabios modernos emancipados de la fé, Tyndall, Haeckel, etc. El mundo se halla únicamente constituido por un número infinito de átomos materiales, los cuales, animados de movimientos necesarios é incesantes, por sus posiciones respectivas, sus agrupaciones y combinaciones, dan origen á todos los seres y á todos los fenómenos de la naturaleza. Ahora bien, ese sistema, en apariencia materialista hasta el esceso, demuestra invenciblemente la existencia y la intervencion de Dios: 1.º por la produccion de los átomos de los cuales sólo él puede ser la causa eficiente, como creador; 2.º por ponerlos en movimiento, como primer motor; 3.º por la conservacion de su movimiento, como conservador; 4.º por la coordinacion de sus movimientos, como ordenador supremo y sapientísimo. Una vez Dios suprimido, el mundo de Epicuro está en plena contradicción, se anula por sí mismo; puesto que preciso

fuera absolutamente admitir unos átomos producidos sin agente productor, unos átomos que continúan moviéndose sin agente conservador, unos átomos coordinados en sus movimientos sin agente ordenador; lo cual significa, propiamente hablando, principio sin fundamento, efecto sin causa, es decir, efecto no efectuado, contradicción y nada.

II. *Demostración de la existencia de Dios sacada de la creación del primer día. Los elementos.*

En aquel primer periodo nosotros no vemos más que los cuerpos simples ó sustancias elementales, es decir, aquellas que no resultan de una síntesis química ó de una permutacion sustancial. Esas sustancias elementales y primordiales son ó contingentes, y por consiguiente producidas, ó necesarias, y por consiguiente improducidas. Y, dado que las partes de un todo son anteriores al todo, por lo menos en la concepcion, la materia primera y la forma que son las partes de dichos elementos serán ellas mismas necesarias. Mas la materia primera, en sí misma y separada de la forma, es totalmente incompleta é incapaz de toda operacion; separada de su forma ó de toda forma, ella existe simplemente en potencia y no en acto. Ahora bien, un sér necesario existe necesariamente, ó está necesariamente en acto. La primera materia de las sustancias elementales es, pues, contingente; si ella es contingente, es producida, y si es producida, exige un productor. ¿Cuál es este productor? Este no puede ser la forma sustancial, puesto que esta dá al cuerpo su existencia y no su materia primera, que presupone para poder existir, como todo acto presupone la potencia de la cual es el acto. Forzoso es, pues, afirmar que el productor ó la causa eficiente de la materia primera reside fuera de la sustancia elemental. Mas el universo entero hállase constituido por la materia de las sustancias elementales; luego

la causa primera de la materia de todo el universo no forma parte de dicho universo y es Dios.

Vengamos á la forma sustancial de la materia... ¿Puede ella ser necesaria? No, es una imposibilidad manifiesta. En efecto, la forma sustancial del elemento depende intrínsecamente de la materia que informa y la supone. Por lo tanto, ella carece de esa independencia que es sin embargo esencial á un sér necesario. Pues bien, si la materia primera es contingente, con mayor razon debe decirse que la forma de los elementos que depende de la materia primera en su esencia y en su sér, es sí misma contingente. Y muy cierto es que la materia primera, sér en potencia solamente ó incapaz de obrar sin forma, no puede ser la causa eficiente de esta misma forma. Menester es, pues, buscar fuera de toda la masa de materia elemental primordial la causa primera ó eficiente de las formas sustanciales de los elementos; y esta causa no puede ser más que Dios.

Ahora, despues de haber visto palpablemente la contingencia de la materia y de la forma de la sustancia elemental, ¿pudiéramos acaso decir que la esencia completa del elemento sea necesaria? Mas la esencia del elemento está constituida como de partes esenciales, por la materia y la forma: la primera es su causa intrínseca material; la segunda es su causa formal intrínseca, y decir que la esencia del elemento entero es necesario, equivaldría á decir que el todo es necesario, mientras que las partes de que se compone son esencialmente contingentes. Pues bien, esto es absurdo, puesto que el todo constituido por las partes no puede poseer más que aquello que es de la esencia de las partes: si las partes son contingentes, el todo, es decir, el elemento será el mismo contingente, y por consiguiente producido...

¿Mas, de qué manera Dios produce el elemento? Admitamos, por ejemplo, dichas sustancias elementales primordiales: sean el oxígeno, el hidrógeno, el azoe y el carbono. ¿Es posible admitir que Dios produjo en primer lu-

gar la materia y que en seguida la modeló en elementos diversos, en términos de constituir aquí el oxígeno, allí el hidrógeno, el azoe, etc.? No, porque del mismo modo que la estension no puede existir sin figura, la materia tampoco puede existir sin alguna determinacion específica. Decimos específica, y no genérica, porque en la realidad las especies solas, y no los géneros, tienen una existencia actual: los géneros no tienen actualidad más que en las especies, por las especies... Luego los elementos fueron producidos bajo la forma que dá á su materia su sér específico de oxígeno, de hidrógeno, de carbono, etc., que les dá al mismo tiempo la existencia actual como cuerpo completo en su esencia, tal como lo exige la razon. Dios, pues, produjo en el mismo instante la materia y la forma de los elementos unidas juntamente, es decir, que produjo los elementos completos en su especie.

III. *Demostracion de la existencia de Dios, sacada de la obra del segundo dia. La formacion de los cuerpos inorgánicos.*

Representémonos la multitud de las moléculas elementales, destinadas á formar los cielos y la tierra; ellas no podrán dar origen á combinaciones químicas, sino en tanto que se aproximarán y unirán. Ahora bien, no ostriba de ningun modo en su esencia el ocupar tal punto más bien que tal otro del espacio sin limites, el moverse en tal ó cual direccion, con tal ó cual rapidez. Por ejemplo, una molécula de oxígeno es indiferente para trasladarse lenta ó rápidamente hácia un lado ó hácia otro. En todo caso, la combinacion del oxígeno con el hidrógeno ó el carbono no podrá hacerse, sino en tanto que los elementos sean puestos en contacto, sino en tanto que sufran una alteracion, una modificacion producida por una causa exterior, toda vez que ellos no tienen evidentemente en sí mismos la razon suficiente de su aproximacion y union. Esta misma causa exterior no puede

ser otra que Dios, él solo que tuvo el poder de determinar los elementos para moverse, aproximarse y producir, como lo hicieron, el calor, la luz y todos los compuestos orgánicos. Dios obró, al crear los elementos, dándoles á la vez su materia primera y su forma sustancial, desemplazando y aproximando esos mismos elementos para hacer surgir los compuestos inorgánicos.

IV. *Demostracion de la existencia de Dios por la obra del día tercero. Los cuerpos celestes. El éter.*

Admitamos la hipótesis de los torbellinos de Laplace. Los innumerables compuestos inorgánicos formados en el segundo día difundieron y derramaron en la inmensidad del espacio. Ellos forman como unas zonas concéntricas, cada una de ellas animada de un movimiento propio, circular ó elíptico, en torno de un punto que pudiera llamarse el centro del universo. Dichas zonas concéntricas, aglomerándose y condensándose deben dar origen sucesivamente á los soles, á los planetas y satélites de los planetas. Para explicar la formacion de los mundos, en la síntesis de Laplace, son menester algunas masas de materia ó torbellinos girando en derredor de uno ó más centros, animados de dos fuerzas, la una tangencial, que tienda á hacer mover todas las partículas materiales en línea recta siguiendo la tangente hácia la curva que describian, la otra centrípeta que tienda incesantemente á arrastrarlas hácia el centro de la rotacion. Esta segunda determinacion debe ser continua, y la combinacion de las dos fuerzas compele á la partícula á describir un círculo ó una elipse. Mas esos dos mismas fuerzas deben necesariamente emanar de una causa primera distinta del conjunto de la masa material, y esa causa no puede ser más que Dios. En una carta al doctor Bentley del colegio de la Trinidad, con fecha del 26 de enero de 1692, Newton declaraba formalmente que le era absolutamente imposible explicar la formacion y el

movimiento regular de los mundos por la doble accion de las fuerzas centrifuga y centrípeta sin la intervencion de un sér activo é inteligente ó de Dios, razon única y necesaria de la atraccion central y de la impulsión universal. Newton, en una segunda carta del 25 de febrero de 1693, dirigida al mismo doctor, decia: «La hipótesis de una gravitacion innata, increada y esencial á la materia, que haria que un cuerpo pudiera obrar sobre otro á distancia y al través del vacío, sin intermediario algun, es á mi ver un absurdo tan monstruoso, que no creo que jamás pudiera ser admitida por ningun hombre dotado de la capacidad necesaria para estudiar las ciencias físicas. La gravitacion, en su esencia, es necesariamente el producto de un agente que obra incesantemente de conformidad con ciertas leyes, agente inmaterial y divino... Posible fuera, hasta cierto punto, admitir que la gravitacion universal es un movimiento *natural* de los cuerpos que los hiciera tender de una manera continua hácia una union mútua; mas el movimiento tangencial de la materia cósmica es un movimiento *violento* que no puede de ninguna manera tener su principio en los cuerpos mismos.»

En resúmen, la fuerza tangencial solo puede tener su fuente en una accion divino; y la fuerza centrípeta, tendencia natural de los cuerpos á gravitar uno hácia otro, tampoco puede tener su razon suficiente más que en aquel que produjera los cuerpos. *La naturaleza, las fuerzas de la naturaleza, las leyes inmutables de la naturaleza*, todo eso no pasa de palabras destituidas de sentido, bajo las cuales se oculta una ignorancia profunda ó una impleidad insensata.

Es, pues, ceder al sentimiento de lo verdadero, es conformarse con los principios de la sana filosofía, el sentirse arrebatado por la armonía de los cielos, el ver en la circulacion de los planetas en derredor del sol, en la rotacion de los satélites en torno de los planetas, en el curso de los cometas al través de la inmensidad del espacio, en la pensión de todos los astros hácia un centro comun del

universo, la mano de Dios que estendiera el éter para que fuera el vehículo de las acciones mútuas de los cuerpos celestes, la mano de Dios que imprimiera en las sustancias corpóreas la tendencia á aproximarse, á dirigirse unas hácia otras para constituir el órden cósmico, que era el fin de la creacion.

La creacion del éter ó flúido luminoso que surgió del *Fiat lux*, del éter, obra necesaria del día primero, en el concepto de que él debia preceder á todas las demás, puesto que el éter es el principio mismo ó la causa mediata de la atraccion universal, el agente de todos los fenómenos de la naturaleza, luz, calor, electricidad, magnetismo, etc., la fuente de toda la energía potencial y actual del mundo, del éter, flúido misterioso, ténue al esceso, mas en cambio sucesivamente elástico, cuyas vibraciones atónicas se cuentan por centenas de millar en un segundo, la creacion del éter, lo repetimos, si nosotros pudiéramos esplanarla aquí, lo que no ha hecho el sabio escritor de la *Civiltà Cattolica*, constituiria por sí sola la demostracion más evidente ó más irrecusable de la existencia de Dios.

Sí, todos los fenómenos cósmicos sobrevenidos ó porsobervenir en los sistemas solares y planetarios, desde el principio hasta el fin del mundo, tienen su razon necesaria y suficiente, su causa en Dios. Y Dios no es una causa ciega, sino una causa eminentemente perspicaz, puesto que en su sabiduría, infinita como su bondad, Dios ha visto de antemano todo lo que debia resultar de dichos movimientos y de las fuerzas íntimas que comunicara á todas las sustancias producidas por él.

V. *Demostracion de la existencia de Dios por la obra del cuarto día.—Creacion de las plantas.*

Séneca decia (Epist. LVIII): «Hay ciertos séres que tienen un alma y que no son animales; plausible es, en efecto, el conceder un alma á las plantas y á los arbustos: hé

aquí por qué nosotros decimos que ellos viven y que ellas mueren.» Suarez ha dicho á su vez: «Es cierto en teología, es evidente en filosofía, que las plantas viven y que la forma vegetativa es una verdadera alma.» La planta es, en realidad, una sustancia ó naturaleza individual, compuesta de dos principios constitutivos de su esencia, el uno material ó materia primera, el otro la forma sustancial que dá á la materia su sér específico, y que es el primer principio activo de sus operaciones vitales. Esta definicion nos obliga, en buena lógica, á admitir que Dios es la causa primera ó inmediata de la planta, puesto que sólo él puede imprimir en la materia primera la forma sustancial que es el principio de vida, ó al menos producir la semilla ó gérmen de la planta, gérmen en el cual reside la virtud capaz de conferir á la materia la forma sustancial. Dicha forma sustancial no es una sustancia análoga al alma humana, que viniera de fuera á unirse al cuerpo de la planta, y, por consiguiente, ella no tiene necesidad, como el alma humana, de ser el objeto de una creacion inmediata; sin ello no bastara que Dios hubiese producido inmediatamente la primera planta ó la primera semilla; fuera preciso necesariamente que Dios creara para cada planta nueva una nueva forma sustancial.

Para de mostrar la necesidad de la intervencion divina inmediata en la creacion de las plantas, basta probar que de la sola combinacion química de los elementos no puede resultar, en la materia, la forma sustancial de la planta. Si, en efecto, la combinacion química es impotente para engendrar dicha virtud, forzoso será recurrir á Dios. Ahora bien, esa imposibilidad está rigurosamente demostrada, desde algunos siglos, por una induccion muy universal y constante. Jamás planta alguna nació de otro modo que de una semilla, y una semilla de otro modo que de una planta, sin que nunca se haya visto, ni una sola vez, que ciertos casos naturales extraordinarios ó las disposiciones más ingeniosas del arte diesen un mentís á dicho principio antiquísimo, enunciado en primer

lugar por los griegos, mas sin duda alguna más antiguo que los griegos mismos: *Todo viviente nace de un huevo; todo viviente nace de un viviente.* En efecto, estuviera por completo fuera de razon el afirmar la existencia en los elementos de un poder, que bajo todas las condiciones imaginables, jamás hubiese podido llegar hasta el acto, y que hubiera permanecido durante siglos y siglos oculto é inactivo. Hé aquí por qué debemos decir que ninguna combinación química puede producir una planta ó el germen de una planta. Por otra parte, la forma sustancial de las plantas es mucho más superior de lo que nosotros pudiéramos decir á la forma sustancial de los elementos inorgánicos, sea simples, sea compuestos. En efecto, la forma sustancial de plantas dá el ser á una sustancia organizada única, mas equivalente en su unidad á una gran multitud de formas sustanciales; ella dá á cada porcion de la materia el ser de un carácter asaz distinto del ser que ella dá á otra parte; al paso que la forma sustancial de los elementos y de los compuestos químicos dá el ser á una sustancia no organizada, homogénea en todas sus partes. La forma sustancial de las plantas es el principio de maravillosas operaciones immanentes, mientras que la forma sustancial de los elementos y de los compuestos químicos es solamente el primer principio de operaciones transitorias.

En virtud de su forma sustancial, la planta se nutre asimilándose diversas sustancias, es decir, dando á diversas sustancias su ser sustancial *proprio*, de tal suerte que las sustancias *asimiladas* no tengan más la naturaleza que tenían antes de servir para la nutricion, sino la naturaleza de la planta viviente: por el contrario todos los elementos y todos los compuestos químicos están muy lejos de obrar así. En virtud de su forma sustancial ellos se trasforman por combinacion química en otra naturaleza. En virtud de su forma sustancial propia, la planta crece, es decir que recibe un verdadero acrecentamiento. Por el contrario, ninguna sustancia química, elemental ó compuesta

crece realmente, bien que otra sustancia de la misma naturaleza pueda agregarse á ella. En virtud de su forma sustancial, la planta trasmite á algunas partículas materiales, formadas en ella, la maravillosa virtud de reproducirse, es decir, de comunicar á la materia la misma forma sustancial que posee por sí misma; al paso que ningún elemento químico, simple ó compuesto, tiene el poder de reproducirse. Todas esas diferencias nos demuestran palpablemente la distincion esencial y extrema entre las perfecciones relativas de las plantas y de los elementos ó de los compuestos químicos.

Y puesto que es un axioma que la perfeccion del efecto no puede superar la de la causa, es imposible admitir que, en virtud de las combinaciones químicas, la materia pueda adquirir jamás la forma sustancial ó el principio vital de la planta. La vida vegetativa no pudo aparecer sobre la tierra más que por la accion inmediata de un ser todo poderoso y sabio. No nos toca escudrinar aquí si Dios debió crear inmediatamente todas las especies individuales, si debió producir directamente todos los tipos, de los cuales se derivaron los individuos sucesivos; ó si bastó que Dios creara algunas especies principales, de las cuales todos los demás pudieron sacar su origen bajo la influencia de las circunstancias de lugar, de tiempo, de cruzamientos, etc., etc. Nos contentaremos con decir que la teoria darwiniana aplicada á las plantas no es más que una pura hipótesis que no se halla apoyada por prueba alguna ó por hecho alguno, y que, en lo que concierne á los géneros ó á las especies principales, ella es contraria al principio metafísico de la proporcion necesaria entre el efecto y la causa.

#### VI. *Demostracion de la existencia de Dios por la obra del quinto dia.—La creacion de los animales.*

El cuerpo del animal no es solamente un compuesto químico; no es solamente un organismo viviente, dotado

de la sola vida vegetativa; hállase dotado además de la vida sensitiva. Un animal perfecto goza, como el hombre, de las dos facultades aprehensiva y apetitiva. Él posee los cinco sentidos exteriores y la imaginación; él se alimenta, crece, engendra. Y como quiera que no puede haber operacion alguna sin operador, forzoso es admitir que el bruto está en posesion del principio inmediato y mediato de la vida sensitiva, ó que él posee un alma sensitiva. La sana filosofía demuestra que el alma de los brutos no es materia, sino material, en el sentido de que en su ser y operacion depende de la materia. Ella demuestra, además, que esa alma es idéntica con el principio vital, ó que es la forma sustancial específica del bruto mismo, y que se encuentra esencialmente en cada una de sus partes vivientes. La forma sustancial hace con la materia informada un solo y único principio de operacion, no ya simple, sino compuesto, y compuesto por combinacion de sustancia y naturaleza, y no por aproximacion y agregacion de las partes. El sér que de ahí resulta no es materia, ni es forma, sino que se halla constituido á la vez de materia y forma sustancialmente unidas. Por esa misma razon, el alma de los brutos es esencialmente diferente de un alma inmaterial y subsistente en sí misma, tal como el alma humana: no puede decirse que sea una fuerza asistente, puesto que ella no opera sobre el cuerpo que anima en cualidad de causa eficiente; sino que es otra fuerza informante, y siendo ello esencialmente material, es decir, dependiendo de la materia no puede ser el término de una creacion ó de un aniquilamiento divino, y debe necesariamente extinguirse con el cuerpo: no es producida por creacion, sino por generacion. Ella deriva de la mutacion sufrida por la materia, en virtud de la accion generadora; mas mutacion de un órden tal, que supone necesariamente la intervencion divina.

Hemos demostrado ya que las plantas no pueden derivar de la union de los elementos ó de los compuestos qui-

micos; puesto que la forma sustancial debe nacer de un cambio en la materia, tal que no puede de ningun modo resultar de la operacion de los elementos ó de los compuestos quimicos. Que si por dicho motivo las plantas deben ser producidas inmediatamente por Dios en los primeros individuos de su especie, los animales, que en tanto que dotados de la vida vegetativa no son menos perfectos que las plantas, ó antes bien son más perfectos, exigieron igualmente para su reproduccion la intervencion inmediata de Dios. Esta conclusion resultará más evidente y necesaria, si consideramos á los animales en lo que estos tienen de específicamente propio.

En efecto, si se considera la belleza, la variedad, el órden de los organismos, el ánimo siéntese lleno de estupor.

Locura fuera el afirmar que esa admirable organizacion sea el resultado fortuito de un encuentro accidental de moléculas de oxígeno, de hidrógeno, de carbono, de azoe, etc. Y esos instintos tan sorprendentes que guían al animal en todo lo que concierne á la nutricion, la generacion, el arreglo de su morada, la fabricacion de los instrumentos ó de las redes con las cuales coge su presa, la construccion de su nido, etc., etc., ¿acaso no revelan la presencia de un motor infinitamente sabio, ó cuando menos la presencia de un intermediario activo entre el animal y dicho motor supremo? Tal intermediario es el alma ó la forma sustancial única del animal, que debe necesariamente proceder de Dios. Mas ¿cómo? No puede, no debe decirse que, desde el primer instante de la generacion de los animales, Dios haya creado sus almas sensitivas y las haya unido en seguida á diversos cuerpos, sino, en realidad, que hizo sufrir á la materia las mutaciones de las cuales debian derivar los principios semanales generadores de los animales, ó que, por su virtud omnipotente, formó los cuerpos, organizados de los primeros animales, y produjo en estos cuerpos, por mutacion de la materia, el alma ó la forma sustancial, principio de la vida vegetativa ó de la vida sensitiva, principio

igualmente de todos los movimientos que en los animales proceden del interior y deben llamarse fisiológicos.

[*Adición.*—Solo hace pocos días he tenido noticia de estas consideraciones tan sabias del gran Cuvier, que me apresuro á añadir las á este apéndice.

«Las bestias, dice Cuvier, son los animales no racionales, es decir, los animales que difieren del hombre; puesto que sólo á él atribuimos la razón. En general, tienen los mismos sentidos que nosotros, y son afectadas por ellos de igual manera; se mueren en consecuencia de las sensaciones que reciben, y procuran huir, defenderse, arrebatarse y acometer, segun que estén movidas por el placer ó el pesar. Ellas son susceptibles de relaciones morales con los demás seres sensibles; toman cariño á los hombres ó á los animales que les hacen bien; experimentan aversión hácia aquellos que las atormentan. El afecto puede nacer entre ellas del solo hábito de vivir en compañía, y algunas veces su odio parece dimanar de un simple capricho. Estas disposiciones suponen la memoria y el sentimiento, siquiera confuso, de las relaciones de las cualidades con el sujeto y de las de los demás seres con el ser sensible.

«Ellas pueden existir en diferentes grados por una multitud de seres diferentes que el animal mismo distinguirá perfectamente unos de otros. Las bestias dan muestras de dichos afectos con la sola intención de atestiguar, y esas muestras son muy parecidas á las que nosotros pudiéramos dar. Las bestias adquieren por la experiencia cierto conocimiento de las cosas físicas, de aquellas que son peligrosas y de aquellas que no lo son; ellas evitan las primeras por el efecto de dicha experiencia solamente y de la memoria que es la causa de la misma, y sin sentirse determinadas por algun atractivo ó alguna repugnancia actual. Saben que tal acción será castigada por su dueño y que tal otra será recompensada; abstiéndose de ellas ó las ejecutan, no solamente sin hallarse determinadas por algun atractivo ó alguna repugnancia actual, sino aun á pesar

de ese atractivo ó de esa repugnancia, y por el solo conocimiento de que puede reportarles un castigo ó una recompensa; conocimiento que supone la memoria y el sentimiento de la analogía, es decir del principio de que una cosa ya sucedida sucederá todavía si las circunstancias se presentan. Las bestias sienten aun la subordinación; ellas parecen conocer que el sér que las castiga es libre de no hacerlo; puesto que toman ante él el aire de suplicante, siempre que se sienten culpables ó que le ven enojado. Cuando sus emociones y pasiones reaccionan sobre sus funciones involuntarias, ellas lo hacen absolutamente del mismo modo que nosotros: así la sorpresa detiene su respiración, el miedo las hace temblar, el terror excita en ellas un sudor frio. Las bestias se perfeccionan ó se corrompen en nuestra sociedad, poco más ó menos, como nosotros. El hábito del bienestar les crea necesidades que no hubieran conocido en los campos; la educación las hace triunfar en algunas acciones á las cuales su estructura no las disponia en manera alguna. Dicho hábito puede, estando bien dirigido, darles docilidad, dulzura, actividad, ó si estuvo mal dirigido, volverlas más hurañas, más coléricas, más rebeldes y perezosas de lo que lo fueran naturalmente. Ellas son susceptibles de esas cualidades que no se refieren evidentemente más que á un principio sensitivo, por ejemplo, la emulación: los caballos de carreras dan de ello algunas pruebas sensibles; la envidia, no solamente aquella que tiene por objeto ciertos goces físicos de que otros individuos no pudieran disfrutar sin privarles de ellos, sino aun aquella que se relaciona con los afectos morales: ¿quién ignora que los perros se disputan las caricias de sus dueños?

Las bestias usan, no solamente entre sí, un lenguaje natural, que no es en verdad más que la expresión de sus sensaciones del momento, sino que el hombre les enseña un lenguaje mucho más intrincado, por el cual les hace comprender sus mandatos y las determina á ejecu-

tarlos con exactitud. Así, no solamente los pequeñuelos entienden á su madre, van hácia ella cuando los llama y huyen cuando les advierte la proximidad del peligro; sino que aun las bestias aprenden la significacion de una multitud de palabras articuladas por el hombre, y obran en consecuencia sin equivocarse. *No puede, pues, negarse que haya en las bestias percepción, memoria, juicio y hábito, y el hábito en sí mismo no es otra cosa que un juicio, hecho tan fácil á fuerza de ser repetido, que nosotros nos adherimos á él en accion antes de advertir que lo hayamos hecho en espíritu. Parécenos aun que se percibe en las bestias las mismas facultades que en los niños; solamente que el niño perfecciona su estado, y lo perfecciona á medida que aprende á hablar, es decir, á medida que forma de sus sensaciones particulares algunas ideas generales, y que aprende á espresar las ideas abstractas por medio de algunos signos convenidos. Sólo de esa época data en él tambien el recuerdo distinto de los hechos. La memoria histórica tiene el mismo origen y el mismo instrumento que el raciocinio; este instrumento es el lenguaje abstracto. Véase ahí, prosigue Cuvier, un hecho de simple historia natural, el cual nada tiene de comun con el sistema metafísico que es apellidado materialismo, sistema tanto más fácil, en cuanto nosotros tenemos todavía muchas menos nociones sobre la esencia de la materia, que sobre la del sér pensante, y que él no aclara por consiguiente ninguna de las dificultades de ese profundo misterio.*

«¿Por qué, dice él, el animal no es susceptible del mismo grado de perfeccion que el niño?»

«Porque no tiene él jamás ni lenguaje abstracto, ni reflexion, ni memoria detallada de los hechos, ni sucesion de razonamientos complicados, ni trasmision de experiencias adquiridas. O bien, lo cual viene á ser lo mismo, ¿por qué cada individuo vé su inteligencia encerrada en límites tan estrechos, y por qué ha de verse obligado á recorrer precisamente el mismo círculo que los

individuos de la misma especie que le precedieron? Las grandes diferencias que distinguen á las especies de los animales son harto suficientes para esplicar las diferencias de sus facultades, mas ¿será nadie capaz de darse cuenta de la enorme distancia que media en cuanto á la inteligencia entre el hombre y el más perfecto de los animales, al paso que hay tan poca respecto á la organizacion?»]

VII. *Demostracion de la existencia de Dios por la obra del sexto día.*

1.º *La creacion del hombre.*—Todo lo que se ha dicho de las plantas y de los animales, aplicase con mayor razon al hombre, bastándonos indicar en breves palabras como el alma humana depende más todavía de Dios, en razon de su esencia propia ó de aquello que la distingue esencialmente de las almas vegetativas y sensitivas. Está demostrado en filosofia hasta la evidencia, que el alma humana es una sustancia activa, inmaterial, en las operaciones que le son propias, tales como la inteligencia y la voluntad, lo cual exige imperiosamente que ella sea tambien puramente inmaterial en su sér. Esta inmaterialidad tiene por consecuencia necesaria que el alma humana no puede tener por origen una simple mutacion ó trasformacion de la materia, y que no puede ser producida por agente alguno material; puesto que de otro modo el efecto seria superior á su causa. Ella debe, pues, haber sido creada. Mas ¿en qué consiste esa creacion? Ella no es ciertamente un trabajo hecho sobre una materia preexistente, una trasmutacion ó un paso de un modo de ser á otro más perfecto. La creacion es esencialmente la educacion, la extraccion del sér creado de la nada, *de la nada de sí y del sujeto.* Antes de su creacion, un sér no existe, ni en sí mismo, ni en un sujeto cualquiera; y toda vez que el alma humana no es una agregacion de muchas almas, sino una sustancia única, simple y espiritual, forzoso es decir que ha sido creada en su totalidad...



Si es cierto que una virtud inferior no puede hacer todo lo que puede una virtud superior, verdad es por el contrario que una naturaleza superior puede hacer todo lo que puede hacer una naturaleza inferior cuando posee, no ya sólo eminentemente, sino específicamente, la fuerza necesaria. Si es cierto, pues, que la forma sustancial de una planta no puede conferir la facultad de sentir, ni la forma sustancial de un animal conferir la facultad de raciocinar, cierto es en cambio que el alma inteligente del hombre puede hacer todo lo que hacen el alma vegetativa de las plantas y el alma sensitiva de las bestias. Por consiguiente, cuando decimos que el alma humana es creada, no tenemos necesidad de multiplicarla, ó de considerarla bajo diversos aspectos. Ella es á la vez en su unidad y simplicidad, alma vegetativa, alma sensitiva y alma intelectual.

2.º *El hombre considerado en su esencia física.*—En el origen del género humano, es decir á la aparición del primer hombre y de la primera mujer, la potencia generatriz humana faltaba. ¿Cómo, pues, el hombre mismo pudo aparecer? Sobre el particular pueden hacerse tres hipótesis. La primera es que la materia del cuerpo humano se aglomeró por casualidad, en términos de formar el organismo completo que debía ser presupuesto á la creación del alma. La segunda es que dos brutos, macho y hembra, fueron transformados por Dios en hombre y mujer, y animados á la vez de dos almas humanas creadas por Dios. La tercera es que Dios, con su omnipotencia, constituyó el cuerpo del hombre y de la mujer inmediatamente, y que despues de haberlo constituido, se infundió su forma sustancial y el principio de toda vida, el alma racional creada por él.

La primera hipótesis es absurda, y lo absurdo de ella ha sido demostrado por lo que nosotros hemos dicho acerca el origen de la materia inorgánica y de la materia orgánica, al tratar de su formación respectiva y de la de las plantas y de los animales.

La segunda hipótesis es absolutamente falsa. Puede ser reducida, bajo cierto concepto, á la teoría fantástica de Darwin; puesto que el fondo de dicha teoría es que de la más ínfima de las plantas uno se eleva paso á paso al más ínfimo de los animales, y que desde ahí gradualmente, elevándose más y más hacia la perfeccion de los seres, preténdese llegar hasta el hombre. Mas otros partidarios de esa teoría (y nosotros creemos que son todos ó casi todos) quieren que el progreso así efectuado se cumpla, sin que Dios tenga que intervenir para crear de nada el alma humana y unirle el cuerpo de un gorila ó de un chimpanzé (monos que aventajan en perfeccion á todos los demás), en el sentido de que el hombre hubiera salido de dichos brutos por generacion natural. Otros, por el contrario, en muy corto número, pudieran decir que el organismo de los brutos, una vez llegado á ese grado de perfeccion que se nota en el organismo humano, Dios creó almas humanas, y las unió á los cuerpos de dos brutos nuevamente engendrados, de suerte que tal union hubiera engendrado de hecho al hombre. Considerada bajo el primer aspecto, la teoría darwiniana queda ya refutada por lo que nosotros hemos dicho sobre la creacion de las plantas y de los animales. Su absurdidad es, por otra parte, manifiesta por el mero hecho de que ella niega la existencia del alma humana inmaterial, alma que, precisamente por ser inmaterial, no puede ser llamada á la existencia de otro modo que por la creacion, conforme hemos dicho ya.

Bajo su segundo aspecto, la teoría darwiniana no es menos falsa, sin que sea en manera alguna necesario perder el tiempo en combatirle por las razones sacadas de la variedad de los organismos, que algunos escritores muy sabios han hecho valer en estos últimos tiempos. Dicha teoría es de antemano batida en brecha por algunos argumentos filosóficos irrefutables. No hay en toda la filosofía principio más evidente que el de la *razon suficiente*, así formulado. «Nada existe en el mundo que no tenga la ra-

zon necesaria y suficiente de su sér.» Si tal principio no fuese absolutamente cierto, nada hubiera de cierto en cosa alguna, y ninguna ciencia escribiera sobre un fundamento sólido. Hé aquí por qué la realizacion de este principio debe encontrarse no solamente en las artes humanas, si que tambien en cada operacion de la naturaleza, aunque sea mínimo. Del mismo modo que se requiere una razon suficiente que haga que la tierra gire sobre su eje, que el sol alumbré y caliente y que el mar tenga su flujo y reflujo, requiérese tambien una razon suficiente para que la semilla de un geranio no salga de un pino, y que del sómen de un leon no salga una serpiente; es menester una razon suficiente para que un átomo infinitamente pequeño ocupe más bien una posicion que otra, abandone su posicion, se aproxime á otro átomo, aunque no fuere más que de un milonésimo de milímetro, y acabe por tocarlo.

Esto sentado, consideremos el problema de la trasformacion darwiniana en toda su estension. No se trata solamente de la trasformacion del cuerpo de un mono en cuerpo del hombre. Preciso es remontarse, en efecto, hasta las formaciones de una masa inorgánica, la cual, perfeccionándose poco á poco, llega á ser planta de una especie cada vez más perfecta, luego animal de una perfeccion siempre mayor, hasta la que resplandece en el cuerpo del hombre. Los trasformistas conceden, en efecto, que es absolutamente imposible que el cuerpo brote por sí mismo de un campo ó de una pradera; pero admiten como posible ó aun como un hecho que ha ido formándose paulatinamente. Ellos se colocan así en la categoria de los que se atraven á afirmar que la mosaica traduccion del cuadro de la trasfiguracion de Rafael se formó poco á poco por la aproximacion de algunas piedrecitas de distintos colores. Empero, si alguno hubiese visto las piedrecillas de colores irradiar por diferentes lados, estenderse sobre una superficie plana, aproximarse y unirse segun la diversidad de sus colores, agruparse de manera que figura-

ran rostros, piés, brazos, hombres de estaturas diferentes, en diverses actitudes de dolor, terror, admiracion, gozo, tristeza, gloria; si él hubiera visto otros cubos de colores no apropiados á la imagen que se trata de reproducir, y que por azar se encontraran aparejadas á separarse é ir muy lejos para hacer lugar á aquellos que son los únicos aptos para representar dicho admirable conjunto; si él hubiera visto ese trabajo ejecutarse, no durante un instante, sino durante algunas horas, algunos dias ó algunos meses, hasta que la obra fuera completa, hasta que él hubiese visto aparecer la copia perfecta de la pintura de Rafael; ¿hubiera podido jamás imaginar que tal evolucion no estuviera dirigida por una idea, por un poder coordinador de las partes relativamente al todo, y del todo relativamente á la expresion del conjunto? Desechad la idea creadora y la potencia coordinadora que junta dichas piedrecillas, de conformidad con la idea creadora, no tendreis más que una série de hechos destituidos absolutamente de la razon suficiente. ¿Por qué aquí la piedra amarilla se junta por un lado á la encarnada y por el otro á la blanca? ¿Por qué las piedrecitas negras, y entre ellas las más delgadas, se colocan una debajo de otra, de manera que figuren cabellos? ¿Por qué las de un mismo color se unen en gran número juntamente, si bien hasta cierto punto, las cuales por su contorno curvilíneo ó poligonal dibujan miembros humanos, vestiduras ú otra cosa? ¿Por qué cada vez que algunas piedrecitas encarnadas llegan allí donde la imagen de un ojo debe principiar á mostrarse, *se van ellas*, dejando otras piedras más aptas para entrar en la representacion de un ojo, á ocupar su lugar? ¿Por qué éstas *permanecen allí fijas*, y no son arrojadas por las demás? ¿Por qué aquí, más bien que en otras partes, se reúnen para dar la semejanza de un hombre más bien que la semejanza de un animal? ¿Por qué obrando á su antojo, se disponen de suerte que reproduzcan la pintura del grande artista de Urbino, más bien que otra escena original? Ese porque exige su ra-